

Sabiduría en acción (5/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo
Mateo 11.7-9
5 de julio de 2019

Sabiduría en acción (5 de 13)

Texto bíblico: Mateo 11.7-9

Introducción:

Hoy, al empezar el mes de julio, empezamos también una nueva unidad en nuestro estudio sobre la Sabiduría. Durante el mes pasado, en nuestra primera unidad, el tema fue la Sabiduría en Proverbios. Durante este mes continuaremos estudiando la Sabiduría, pero ahora tal como la vemos en los Evangelios, en la persona de Jesús. Cada uno de nuestros estudios se basará en un pasaje de uno de los cuatro Evangelios.

Las cuatro lecciones de la semana pasada bien pueden habernos parecido algo abstractas. Y en cierto modo lo son, pues hemos estado estudiando lo que Proverbios dice acerca de la Sabiduría, y hemos visto poco acerca de cómo se manifiesta la Sabiduría en términos concretos.

En esta nueva unidad será todo lo contrario. Aquí nos encontramos, no ya con palabras acerca de la Sabiduría, o con himnos acerca de ella, sino con la Sabiduría misma hecha carne en la persona de Jesucristo. (Acerca de esto, y como contexto para toda esta unidad, sería bueno que el Maestro repasara la tercera lección de la unidad anterior, la del 21 de junio, donde estudiamos Proverbios 8 y lo que ese capítulo nos dice acerca de la Sabiduría eterna de Dios y su presencia en el mundo.)

Empiece la clase explicando que en la unidad anterior, durante el mes pasado, vimos no solamente qué es la Sabiduría y su contraste con la insensatez, sino también que esa Sabiduría eterna de Dios es el Verbo que se encarnó en Jesucristo. Esa Sabiduría que de una manera algo metafórica se paseaba por las calles y las plazas, ahora en Jesucristo literalmente camina por las calles y plazas. La Sabiduría no es ya algo abstracto, sino una realidad que hemos visto en Jesucristo, y a la que llegamos por medio del Espíritu Santo que nos lleva a Jesucristo.

Vocabulario bíblico:

DESIERTO: Esto no es un desierto como frecuentemente imaginamos: un mar de arena y dunas donde no se ve planta ni vida alguna. El «desierto» aquí es una región inhóspita y deshabitada, pero no carente de cierta vegetación y vida. Por eso es que Jesús puede sugerir que las gentes iban al desierto a ver una caña mecida por el viento.

ELÍAS: El famoso profeta del Antiguo Testamento. Puesto que no murió, sino que fue llevado al cielo por un fuerte viento o remolino, se esperaba su regreso. En Malaquías 4.5 Dios dice: «Yo envío al profeta Elías antes de que venga el día del Señor, grande y temible». En Mateo 16.14, cuando Jesús les pregunta a sus discípulos lo que se dice de él, estos le responden que, entre otras cosas, algunos dicen que es Elías. Y en la historia de la transfiguración Moisés y Elías aparecen junto a Jesús—el primero representando la Ley, y el segundo a los profetas.

Recomendaciones educativas:

Objetivos

1. Empezar a relacionar lo que se vio acerca de la Sabiduría en la Primera Unidad con lo que vemos en los Evangelios.
2. Mostrar una vez más que la Sabiduría no es cuestión de palabras o de conocimiento, sino de acción. La Sabiduría se demuestra mediante sus obras o sus «hijos».
3. Reflexionar sobre cómo la iglesia misma puede dejarse llevar por una falsa sabiduría que limita su testimonio, y explorar cómo la iglesia puede anunciar y mostrar la verdadera Sabiduría.

Inicio

1. Muy brevemente, resuma lo que vimos en la unidad pasada:
 - a. La Sabiduría como el camino de vida, más bien que como puro conocimiento.
 - b. La necesidad se disfraza de sabiduría.
 - c. La Sabiduría como el Verbo que se encarnó en Jesucristo.
2. Explique que ahora, en esta segunda unidad, vamos a ver a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, en acción, estudiando algo de lo que nos dicen los Evangelios sobre la Sabiduría en Jesús.

Desarrollo

1. Empiece colocando el pasaje en su contexto, explicando que Juan había enviado a dos de sus discípulos a indagar acerca de Jesús.
2. Señale que la respuesta de Jesús no consiste en una sencilla afirmación, sino en señalar

lo que está teniendo lugar. La sabiduría se prueba en la vida y la acción.

3. Explique muy brevemente:

- a. Las preguntas que Jesús hace respecto a por qué las gentes iban al desierto a escuchar a Juan, y las posibles respuestas que sugiere.
- b. Lo que Jesús dice acerca de Juan
- c. (Si alguien pregunta lo que el versículo 12 quiere decir) Las dificultades en la traducción de la frase sobre «hacer violencia», que puede entenderse en el sentido de que se le hace violencia al reino, y también en el sentido de que el reino avanza con fuerza indetenible.

4. La actitud de los muchachos en la plaza criticándolo todo. La relación entre esto y lo que se dice de Juan el Bautista por una parte, y de Jesús por otra.

5. La última oración del pasaje impreso, que en realidad es el meollo de la lección.

6. Plantee algunas de las siguientes preguntas:

- a. ¿Hacemos nosotros y nosotras lo mismo que esos muchachos, criticando para no tener que hacer o responder?
- b. Quienes miran a la iglesia desde fuera, ¿dirán que es demasiado rigurosa, como decían de Juan el Bautista? ¿O dirán que es demasiado «mundana», como decían de Jesús?
- c. ¿Cómo podemos asegurarnos de dar testimonio de la Sabiduría, no importa si se nos tache de una cosa o de la otra?

Cierre

1. Resuma lo que se ha dicho acerca de cómo la iglesia puede dar muestras de sabiduría.
2. Invite a los miembros de la clase que deseen hacerlo a decir unas pocas palabras acerca de lo que han de hacer para poner en práctica lo discutido, de modo que las obras o «hijos» e «hijas» de la iglesia sean corroboración de la sabiduría.

Análisis de la Escritura:

v. 11.7: «Mientras ellos se iban»: Estas palabras establecen la relación con lo que antecede en la narración del Evangelio. Juan estaba preso y envió a dos de sus discípulos a indagar si Jesús era el Mesías prometido. En lugar de responderles directamente, Jesús dirige su atención hacia todo lo que él está haciendo y lo que está aconteciendo. Estos hechos muestran más claramente que cualquier palabra que Jesús es el Mesías prometido. Ahora, cuando los discípulos de Juan van camino a rendirle informe a su maestro, Jesús se dirige a quienes han venido a escucharle. (Según Mateo 11.1, Jesús anda predicando por los pueblos de sus discípulos, y por tanto debe estar en uno de esos pueblos.)

vv. 11.7-11: Entonces Jesús se dirige a su propia audiencia, muchos de los cuales aparentemente habían ido a escuchar a Juan el Bautista en el desierto, y les pregunta qué habían ido a buscar allí. Tres veces les pregunta qué habían ido a buscar al desierto y les ofrece posibles respuestas. La primera de ellas es «una caña sacudida por el viento». Lo más probable es que esto quiera decir que no esperaban ver nada de extraordinario, pues en el desierto hay

lugares cubiertos de cañas que se mecen al viento. Hay otra posible explicación que debemos al menos mencionar. La caña era un símbolo de la familia de Herodes, y por tanto es dable pensar que el hecho de que el viento la sacuda se refiera al modo en que la predicación de Juan el Bautista sacudió a Herodes.

La segunda vez que Jesús ofrece posibles razones que llevaron a las gentes al desierto sugiere que quizá haya ido a ver a un hombre bien vestido. Pero eso es todo lo contrario a los que verían allí, pues la gente bien vestida no está en los desiertos, sino en los palacios. Posiblemente esta respuesta tenga algo de ironía, pues todos sabían que Juan andaba vestido de pieles andrajosas. En todo caso, lo que recalca es que las gentes fueron al desierto en busca, no de lo ordinario, sino de algo inaudito.

La tercera razón que Jesús ofrece es la verdadera: fueron al desierto a ver un profeta. Y aquí Jesús pasa a exaltar a Juan y su ministerio, diciendo que no es solamente un profeta, sino mucho más. Es un personaje único, sin paralelo.

Y entonces Jesús sorprende a su audiencia diciéndoles que a pesar de lo importante que Juan es, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él. Dado lo que Jesús acaba de decir acerca de Juan, esto no ha de entenderse en el sentido de que Juan no sea importante, sino más bien en el sentido revolucionario de que en el Reino hasta los más pequeñitos son grandes.

v. 11.12: Este versículo presenta una dificultad seria, pues el verbo griego que unas Biblias traducen en el sentido pasivo, como queriendo decir que el Reino sufre violencia y es asediado, también puede traducirse en el sentido de que el Reino mismo se abre camino por fuerza. En cuanto a la gramática, cualquiera de esas dos posibles traducciones es correcta, y por tanto la gramática misma no nos ayuda a decidir entre ellas. Esto se ve si comparamos, además de los pasajes impresos en nuestra lección, lo que dicen otras versiones: La Nueva Versión Internacional dice: «el reino de Dios ha venido avanzando contra viento y marea, y los que se esfuerzan logran aferrarse a él». La Nueva Biblia Española lo traduce en un sentido contrario: «se usa violencia contra el reinado de Dios y gente violenta quiere arrebatarlo». En este mismo sentido lo traducen la Biblia de Jerusalén y la Biblia de las Américas.

Si, como la mayoría de los traductores, entendemos este verbo en voz pasiva, el pasaje se refiere a la violencia que se ha hecho contra quienes anuncian el Reino, y en particular contra Juan el Bautista, quien está preso y pronto será decapitado. Si lo entendemos de otro modo, quiere decir que el Reino mismo es poderoso y que es imposible detenerlo.

vv. 11.13-15: Estas palabras continúan subrayando la importancia de Juan. Juan es el «Elías» que abre el camino para el Prometido. Esto da a entender que Jesús es el Mesías. Pero en lugar de anunciarlo abiertamente Jesús se limita a citar las conocidas palabras, «El que tiene oídos, oiga».

vv. 11.16-19: En estos versículos Jesús critica la actuación de «esta generación». Esto puede referirse a una generación particular, un grupo de personas coetáneas, como cuando decimos «la generación del 40». Pero también puede referirse a la raza humana en general. Ya Juan se había referido a sus contemporáneos como «generación de víboras» (Mt 3.7). Las palabras de Jesús, aunque menos fuertes, son también de crítica. Trata a «esta generación» como a niños descontentos y malcriados que se sientan en las plazas a criticarlo todo, aparentemente porque no tienen otra cosa que hacer. Si se toca música alegre, no bailan—es decir, no les gusta. Y si se toca música triste, no lloran—es decir, tampoco les gusta. Y esto es precisamente lo que está aconteciendo, primero, con Juan, y ahora con Jesús. Juan andaba andrajoso por el desierto, vestido de pieles y comiendo insectos y miel, y quienes le criticaban decían que estaba endemoniado. Ahora Jesús (el «Hijo del hombre») viene y sigue el camino contrario, comiendo y bebiendo libremente, y le critican porque es comilón y bebedor, y porque se junta con pecadores y publicanos. A uno lo critican por austero, y al otro por alegre. Aunque Jesús no lo dice directamente, lo que se implica es que no quieren escuchar ni a Juan ni a Jesús, y que por tanto critican al primero por una cosa, y al segundo por todo lo contrario. Esto nos recuerda el dicho castellano para referirse la actitud de aquellos a quienes nada convence: «Palos porque boga, y palos porque no boga».

v. 11.19: Todo lo que antecede lleva por fin a la Sabiduría. Unos manuscritos dicen «sus hijos», y otros dicen «sus obras». Sea lo uno o lo otro, el pasaje quiere decir algo parecido a «por sus frutos los conoceréis». Y esto le da cierta unidad al paisaje todo. Cuando los discípulos de Juan

vienen a indagar acerca de Jesús, este no les responde directamente, sino que señala a los resultados de su predicación y a sus milagros. Cuando se trata de los muchachos en la plaza, quienes no dan otro fruto que la crítica, sabemos que son majaderos a quienes nada podrá satisfacer. Y cuando se trata de la generación a la que Jesús se refiere, que como esos muchachos no quieren escuchar ni al austero Juan el Bautista ni al «comilón y bebedor de vino» Jesús, ese mismo hecho indica que carecen de sabiduría, que son como esos necios que vimos en las lecciones pasadas que no entienden porque no quieren entender, y no oyen porque no quieren escuchar. Una vez más, «el que tiene oídos para oír, oiga».

Aplicación:

El pasaje habla de varios temas además de la sabiduría. Cualquiera de ellos podría ocupar toda una lección. Podríamos estudiar, por ejemplo, acerca de Juan el Bautista y su ministerio, o acerca de si lo que el versículo 12 quiere decir es que el reino de los cielos es objeto de violencia, que el reino se mueve como una fuerza indetenible, o, como algunas traducciones parecen indicar, que para alcanzar al reino hay que hacerlo con fuerza. Pero el tema de toda esta unidad es lo que los Evangelios nos dicen acerca de la Sabiduría, y por tanto es en esa dirección que debemos aplicar el pasaje que estudiamos.

Cuando leemos el pasaje a través del lente de lo que es la Sabiduría, se destacan varios elementos.

El primero de ellos, que tiene lugar inmediatamente antes del pasaje que estudiamos, pero que se refleja también en él, es que cuando los discípulos de Juan vienen a preguntarle a Jesús acerca de si él es el Mesías prometido, Jesús no les responde diciéndoles que sí lo es, o que no lo es. En lugar de tales declaraciones, apunta hacia los hechos. Cuando los ciegos ven, los cojos andan y a los pobres se anuncia el Evangelio, el reino de Dios se ha acercado. Como vimos anteriormente, Jesús es el Verbo de Dios, o la Sabiduría de Dios. Pero esa realidad se manifiesta no tanto en declaraciones como en las acciones mismas de Jesús.

Casi al comienzo del pasaje Jesús les pregunta a las gentes por qué han acudido al desierto a ver a Juan. ¿Fue por curiosidad, como quien va a ver una caña mecida por el viento o una persona bien vestida? ¿O fueron en busca de un profeta, para escuchar y seguir lo que decía? Si la razón fue esto último, su acción era sabia. Pero si fueron por curiosidad, o sencillamente porque otros iban, tal cosa no es sabiduría, sino necesidad.

Los muchachos que se sientan en la plaza no son solamente curiosos, sino necios. Nada les complace, porque nada quieren hacer. Si les tocan música de baile, se quejan de que es demasiado alegre. Si les tocan música fúnebre, se quejan de que es demasiado lúgubre. En fin de cuentas, ni bailan ni lloran, sino que solamente critican y comentan. Lo que están haciendo es negarse a responder a una cosa o a la otra. Al criticar la música de flauta, la critican al parecer juiciosamente. Pero de ese modo se evitan tener que bailar. De igual manera, al criticar la música fúnebre, se las están arreglando para tampoco tener que llorar.

Como vemos en el texto mismo, Jesús comenta que tal ha sido también la actitud de las gentes, criticando a Juan por severo y austero, y a Jesús por borracho y comilón. Pero al decir que la sabiduría se conoce por sus hijos (u obras) les está diciendo por una parte que son necios; y, por otra parte, que la sabiduría tanto de Juan como de Jesús se manifiesta en lo que hacen.

Todo esto se aplica de manera parecida a nuestra situación hoy. En las lecciones anteriores vimos que los necios rechazan la Sabiduría para no tener que seguirla. Pueden pretender y hasta pensar que lo hacen por mil razones. Pero en fin de cuentas lo hacen para no seguir los caminos de sabiduría, sino más bien los de necesidad. Y vimos también que muchas veces los supuestos sabios se dedican a ensalzar su propia sabiduría—o, puesto que en el contexto bíblico la sabiduría y la santidad van mano a mano, a ensalzar su propia santidad. Frecuentemente tal entendimiento de la sabiduría o de la santidad hacen que otros se aparten del mensaje de sabiduría que supuestamente anunciamos.

¿Qué dirán quienes observan a nuestra iglesia desde fuera? ¿Dirán que somos demasiado mundanos, que no somos suficientemente puros, que si mostráramos más pureza nos creerían más fácilmente? ¿O dirán al contrario que nos creemos mejores que los demás, que somos unos santurrones amargados cuyo principal deporte es criticar y juzgar a los demás?

Lo más probable es que unos digan una cosa y otros otra—y hasta que las mismas personas unas veces digan una cosa y otras digan otra. Esto puede preocuparnos, pues nos interesa el

buen nombre de la iglesia y del evangelio. Pero en realidad es inevitable, porque tales personas son como aquellos muchachos en la plaza, a quienes ninguna música les parece bien. Y, como esos muchachos, es muy probable que sus críticas sean—en parte al menos—un modo de no tener que escuchar lo que decimos.

Esto es de suma importancia para nuestras iglesias porque, aunque frecuentemente decimos que el «qué dirán» no nos importa, cuando discutimos si hemos de hacer algo o no le damos demasiado peso a la opinión pública. Pero si sabemos que buena parte de esa opinión es en realidad una excusa para no tener que oír lo que decimos, sabremos preocuparnos menos por ella, y más por nuestra fidelidad al evangelio.

¿Cómo hemos de juzgar entonces los programas y obras de nuestra iglesia? No por la opinión pública, ni por el elogio de los políticos, ni por lo que se diga de nuestra iglesia y de nosotros y nosotras. Lo hemos de juzgar con la misma medida con la que Jesús les respondió a los discípulos de Juan (véase Mt 11.4-5). Jesús les responde haciéndoles ver que los ciegos ven, los cojos andan ... y a los pobres les es anunciado el evangelio. Como él mismo dice al final del pasaje que estudiamos, la sabiduría se justifica o se muestra por sus hijos u obras.

Jesús sabe que no todos oirán sus palabras de sabiduría. Sabe que muchos serán como aquellos muchachos en la plaza. Unos le criticarán por una cosa, y otros por otra. Pero la verdadera razón de tales críticas es no tener que seguirle. Y lo que Jesús hace entonces es continuar su obra

sanando a los enfermos y anunciando el evangelio.

Esto quiere decir que al juzgar lo que nuestra iglesia hace o ha de hacer lo que debemos preguntarnos no es lo que los de afuera pensarán acerca de la iglesia, sino más bien si lo que hacemos son obras tales que anuncien que somos seguidores de la Sabiduría encarnada, la Sabiduría que afirmó su autoridad respondiendo a las necesidades de los demás y anunciando el evangelio.

¿Podemos hacer una lista de los «hijos» u «obras» que dan testimonio de nuestra sabiduría, de que somos seguidores de la Sabiduría hecha carne? ¿Podemos hacer una lista de cosas en las que debemos mejorar?

Resumen:

Cuando hablamos de la «Sabiduría»—así, con letra mayúscula—no nos estamos refiriendo a saber mucho, sino más bien a la Sabiduría misma de Dios, el Verbo que se encarnó en Jesucristo, y que nos llama a aprender y practicar la «sabiduría», con minúscula. Hoy hemos estudiado un episodio en el que se cuestiona la sabiduría de Jesús, y él responde dando muestras de lo que hace, para terminar diciendo que la sabiduría se reconoce por sus resultados.

Pero tenemos que asegurarnos de que nuestra clase no sea solamente una conversación o una enseñanza acerca de la sabiduría, sino que sea también un ámbito en el que aprendamos y practiquemos la sabiduría. Por eso tenemos que preguntarnos qué obras, qué actitudes, qué programas validan la sabiduría de la iglesia de manera paralela a como las obras de Jesús sanando a los enfermos y anunciando las buenas nuevas validaban su sabiduría.

Haga una lista de lo que la clase ve como señales de que, como individuos y como iglesia, estamos dando testimonio de esa sabiduría. Asegúrese de que esto incluya acciones concretas. Pregunte en qué ámbitos debemos mejorar, y cómo podemos hacerlo.

Termine en oración:

Oración:

Gracias, Dios nuestro, porque tanto nos has amado que tu Sabiduría misma, tu Verbo eterno, ha venido a estar con nosotros. Llénanos de esa Sabiduría de tal manera que sepamos dar testimonio verdadero y poderoso que quién tú eres y de lo que has hecho por nosotros y nosotras como individuos, así como por tu iglesia como comunidad. Guíanos por caminos de sabiduría. Ayúdanos a dar frutos que sean manifestación de tu sabiduría. Amén.

Lecturas devocionales para la próxima semana:

Lunes: Eclesiastés 3.2-8

Martes: Eclesiastés 3.9-15

Miércoles: Números 3.11-13

Jueves: Lucas 2.21-24

Viernes: Lucas 2.25-35

Sábado: Lucas 2.36-38

Domingo: Eclesiastés 3.1, 7b; Lucas 9.39-52

